

## 9. Gerardo Necochea Gracia\*

### Crisis económica, discriminación y permanencia: inmigrantes mexicanos en Chicago, 1929-1935

#### ABSTRACT

El presente ensayo describe cómo la crisis económica de la década de 1930 afectó a los inmigrantes mexicanos residentes en la ciudad de Chicago; describe también cómo los mexicanos trataron de resolver las dificultades enfrentadas. La población conoció la crisis primero como pérdida del trabajo, y segundo, como incapacidad de las agencias de beneficencia para suministrar asistencia. Los mexicanos, además, enfrentaron campañas para deportarlos y políticas que los forzaron a aceptar la repatriación. El artículo esboza los movimientos que surgieron para resistir los efectos de la crisis y exigir asistencia pública, así como señala la poca evidencia de participación de los mexicanos en estos esfuerzos. El foco de atención está también dirigido a la manera en que los mexicanos adaptaron la vida cotidiana a la dureza de la crisis

\* Dirección de Estudios Históricos, Instituto Nacional de Antropología e Historia, México E-Mail: [gnecochea.deh@inah.gob.mx](mailto:gnecochea.deh@inah.gob.mx)

económica. Finalmente, el ensayo propone que los efectos de la crisis y los cambios ocurridos en la estructura y las relaciones familiares llevaron a los mexicanos a expandir sus redes de solidaridad fuera del grupo nacional, y con ello a considerar como criterio de vinculación horizontal la pertenencia a la clase trabajadora.

Palabras clave: Inmigrantes mexicanos, Gran Depresión, Chicago, Trabajadores, Repatriación

\*\*\*

*This essay describes the impact of the Great Depression of the 1930s on the Mexican immigrants living then in Chicago. It also focuses on how Mexicans confronted economic and political hardship. For most workers in Chicago, the economic crisis brought, first, the loss of a job, and second, the inability to obtain public or private assistance. But Mexicans also had to contend with official campaigns to deport them and with ambiguous efforts to assist them that often led to forced repatriation. The article sketches the rise of groups that organized the unemployed and demanded public funds to alleviate the crisis. There is scant evidence of Mexicans participating in such groups. The essay focuses then on strategies adapted to deal with economic hardship while carrying on with everyday life. The essay argues that the crisis brought about a number of changes, including the decline in the number of Mexicans in the city and a change in family structure and relations;*

*consequently, Mexicans expanded their solidarity network outside the national group, thus also enlarging their criteria for horizontal relationships to now include the idea of belonging to the working class.*

**Key words:** *Mexican immigrants, Great Depression, Chicago, workers, repatriation*

\*\*\*

La Gran Depresión de la década de 1930 afectó profundamente a los países capitalistas industrializados. En Estados Unidos fue considerada la peor crisis económica hasta entonces enfrentada. En países predominantemente agrarios, como México, la crisis afectó sobre todo al sector exportador, que resintió la baja en demanda y precios de materias primas. Pero México se vio también directamente afectado por el desempleo en Estados Unidos, ya que cesó la emigración de mexicanos hacia el norte, y por el contrario, ocurrió un regreso masivo de quienes vivían y trabajaban en Estados Unidos. Este fenómeno, si bien conocido desde hace mucho tiempo, había sido poco estudiado. Unos cuantos sociólogos y antropólogos contemporáneos realizaron importantes estudios y reflexiones, como fue el caso de Paul Taylor, Emory Bogardus y Manuel Gamio.<sup>1</sup>

<sup>1</sup> Paul Taylor realizó un extenso estudio de los mexicanos en Estados Unidos y posteriormente viajó a México a estudiar un pueblo de alta emigración: *A Spanish-American peasant community: Arandas in Jalisco*; Berkeley, University of California Press, 1933. Emory Bogardus fue otro importante estudioso de la inmigración mexicana y del fenómeno de la repatriación: "Mexican repatriates", en *Sociology and Social Research*; 18, noviembre-diciembre 1933, págs.

El suceso fue nuevamente abordado en la década de 1970. La mayoría de las investigaciones fueron realizadas por estudiosos norteamericanos interesados en la historia de la población mexicano-norteamericana. En México, primero Moisés González Navarro y después Mercedes Carreras de Velasco se ocuparon de lo que la segunda llamó "los mexicanos que devolvió la crisis".<sup>2</sup> Los estudiosos en Estados Unidos enfocaron entonces la discriminación y coerción que acompañó a la repatriación. El empleo del vocablo "repatriación", de hecho, obedece al ambiguo carácter de ese regreso: no fue voluntario, como suele ser la migración de retorno, pero tampoco legalmente obligado, como lo es la deportación. Los estudiosos mexicanos, en cambio, enfatizaron el papel positivo del estado y la conjunción del nacionalismo de los repatriados con las

169-176. Las reflexiones del antropólogo Manuel Gamio aparecieron en la prensa de la ciudad de México conforme fue haciéndose visible el regreso masivo, y fueron después integradas a su libro *Hacia un México nuevo* (1935) y reimpresas como "Los repatriados y la educación de las masas incultas," en *Antología*; México DF, Universidad Nacional Autónoma de México, 1975, págs. 17-24.

<sup>2</sup>Véase Abraham Hoffman. *Unwanted Mexican Americans in the Great Depression: repatriation pressures, 1929-1939*; Tucson, University of Arizona Press, 1974. Neil Betten and Raymond A. Mohl. "From discrimination to repatriation: Mexican life in Gary, Indiana, during the Great Depression", en *Pacific Historical Review*; 42, agosto 1973, págs. 370-388. Daniel T. Simon. "Mexican repatriation in East Chicago, Indiana", en *Journal of Ethnic Studies*; 2, verano 1974, págs. 11-23. Ralph Guzmán. "La repatriación forzosa como solución política concluyente al problema de la emigración ilegal. Una perspectiva histórica", en *Indocumentados, mitos y realidades*; México DF, Colegio de México, 1979. Mercedes Carreras de Velasco. *Los mexicanos que devolvió la crisis, 1929-1932*; México DF, Secretaría de Relaciones Exteriores, 1974. Moisés González Navarro. "Efectos sociales de la crisis de 1929", en *Historia Mexicana*; 19, No. 4, 1970, págs. 536-558.

políticas implementadas para aliviar su situación. Recientemente Francisco Balderrama y Raymond Rodríguez publicaron el hasta ahora más exhaustivo tratamiento de la repatriación tanto en Estados Unidos como en México.<sup>3</sup> La historia de la repatriación, para estos autores, se convierte en un recuento del abuso de poder, la victimización de un grupo nacional y la tragedia familiar e individual, por lo que toca al norte de la frontera, y los relativamente bien intencionados pero siempre fallidos intentos por mitigar los problemas producidos por el regreso masivo a México.

Han sido, en general, tres problemáticas las que han conformado la investigación. En primer lugar está la cuestión de las cifras: ¿cuántos mexicanos regresaron? La polémica es difícil de zanjar, debido a la insuficiencia de las fuentes, razón por la que aquí solo reviso las diferentes cifras ofrecidas, y hago una estimación para la región de estudio.<sup>4</sup> Las otras dos problemáticas tienen que ver con concebir a los mexicanos como víctimas, en los estudios realizados en Estados Unidos, o como recipientes de las acciones emprendidas desde el poder, en el caso de los estudios realizados en México. Pero gradualmente han aparecido estudios diferentes. George J. Sánchez, por ejemplo, argumenta la importancia de la repatriación para conformar la comunidad mexicano-

americana en Los Ángeles, y fija la atención en toda la primera mitad del siglo XX.<sup>5</sup> Fernando Alanís, respecto al estudio de los repatriados en México, apunta una nueva dirección que pasa por la revisión crítica del pretendido papel benevolente y positivo de las políticas gubernamentales y lleva hacia indagar qué hicieron los repatriados en los lugares a los que regresaron.<sup>6</sup> En otras palabras, surge una perspectiva que sitúa la repatriación dentro de un proceso social más complejo.

El presente ensayo contribuye a esta segunda perspectiva, y mira a los inmigrantes mexicanos no como presas de las circunstancias y las políticas gubernamentales sino como agentes históricos que lidiaron con la depresión en sus propios términos. A fin de cuentas, tanto los que se quedaron como los que regresaron a México, trataron de resolver las dificultades enfrentadas, y en el transcurso de hacerlo, participaron en moldear los procesos que transformaron su existencia.

El presente trabajo aborda, primero, el efecto general de la crisis, y en particular el creciente desempleo de los mexicanos residentes en Chicago. A continuación, reseña los intentos por aliviar la situación a través de la magra ayuda asistencial pública o privada, y las posteriores presiones para

<sup>3</sup>Francisco E. Balderrama y Raymond Rodríguez. *Decade of betrayal: Mexican repatriation in the 1930s*; Albuquerque, University of New Mexico Press, 2006.

<sup>4</sup>Jorge Durand y Douglass Massey hacen una revisión de las estimaciones en "Mexican migration to the United States: a critical review", en *Latin American Research Review*; 27, No. 2, 1992, págs. 3-42.

<sup>5</sup>George J. Sanchez. *Becoming Mexican America: ethnicity, culture and identity in Chicano Los Angeles, 1900-1945*; Nueva York, Oxford University Press, 1993.

<sup>6</sup>Fernando Saúl Alanís Enciso. "Regreso a casa: la repatriación de mexicanos en Estados Unidos durante la Gran Depresión, el caso de San Luis Potosí, 1929-1934", en *Estudios de Historia Moderna y Contemporánea de México*; 29, 2005, págs. 120-148.

que la población mexicana retornara a su país, que culminaron en la repatriación forzada. El artículo sigue brevemente a los inmigrantes en su retorno a México. Después, y finalmente, el artículo regresa la mirada a Chicago con el propósito de entender cómo cambió la situación social para aquellos que permanecieron en la ciudad.

A partir de este propósito, propone la importancia de la concepción de las relaciones familiares para entender tanto a los que regresaron como a los que se quedaron. Señala, en específico, que la importancia concedida al núcleo familiar inmediato, con algunas extensiones que incluían hermanos o progenitores, influyó en aquellos que permanecieron mientras que los que regresaron nuevamente se sumergieron en la amplia red de relaciones de parentesco que les permitió reacomodarse a la vida en México. Así, los mexicanos que se quedaron, encontraron que las relaciones horizontales hasta entonces vividas, basadas en criterios de paisanaje y parentesco, se quebraron o fueron insuficientes para enfrentar la crisis. Iniciaron, en consecuencia, un proceso de ensanchar los criterios de vinculación horizontal y con ello favorecieron su conciencia de pertenencia a una clase social y no sólo a un grupo nacional inmigrante.

Los hombres y mujeres que llegaron a Chicago en el transcurso de la década y media anterior a 1929 encontraron una ciudad que satisfacía su deseo de aventura y su necesidad de trabajo. En tanto aumentó el número de inmigrantes mexicanos, sus zonas de residencia adquirieron calidad de

colonias, establecieron complejas redes de relación social y fue posible adaptar el entorno a las costumbres mexicanas.<sup>7</sup> Por supuesto habían atravesado por momentos difíciles, como las recesiones económicas de 1921 y 1927, pero la expansión de las industrias del acero y cárnica a través de la década permitió sortear los obstáculos. Podían, en consecuencia, imaginar su vida desenvolviéndose con dificultades pero con seguridad.

Unos cuantos meses bastaron para que sus expectativas cambiaran de signo, y en el transcurso de un lustro cambió su situación. La hasta entonces peor debacle económica del siglo XX trajo consigo desempleo, reducción de ingresos, y en el caso de los mexicanos, el regreso masivo a México. A la par que desapareció la confianza en el futuro, otras certidumbres se derrumbaron. La solidaridad organizada por las relaciones de parentesco y paisanaje, que hasta entonces había bastado, resultó ineficaz para solucionar los nuevos problemas. Cuestionaron, en consecuencia, la hasta entonces tácita aceptación de que los arreglos sociales existentes eran adecuados para proveer trabajo y satisfacer las necesidades de subsistencia. Al paso del tiempo, el desaliento inicial dio paso a la protesta y la organización, mientras que la solidaridad antes circunscrita desbordó los límites del grupo inmediato y nuevos criterios de inclusión descubrieron el interés económico y político que los asemejaba como clase con otros grupos nacionales.

---

<sup>7</sup> Gerardo Necoechea Gracia. "Inmigrantes mexicanos en Chicago, 1916-1950"; tesis de doctorado, Escuela Nacional de Antropología e Historia, México DF, 2006.

Muy probablemente los mexicanos no se enteraron del llamado crack del 29, cuando en octubre de ese año se desplomó la bolsa de valores de Nueva York. Posiblemente no se preocuparon demasiado cuando los primeros despidos al entrar el invierno. No eran los únicos, por supuesto: las noticias sobre la depresión económica rara vez aparecían en la primera plana de los periódicos antes de 1932.<sup>8</sup> En poco tiempo, sin embargo, fue imposible no percatarse de que algo realmente grave sucedía.

La confianza en el futuro estaba fincada en tener un empleo seguro, confianza que no resistió la dramática evolución del desempleo en el país. De hecho, el desempleo en Estados Unidos aumentó a través de la década de 1920, y en la primavera de 1929, antes de la caída del mercado de valores, había 3 millones de desempleados. Para enero de 1930, unos cuantos meses después del crack, eran 4 millones los trabajadores en paro forzado, y aumentaron a 5 millones para septiembre. En la primavera de 1931 sumaban ya 8 millones, y en los siguientes dos años la cifra aumentó casi al doble, 15 millones en la primavera de 1933, más o menos la tercera parte de la fuerza de trabajo. El empleo, entre agosto de 1929 y julio de 1932, cayó en más del 40 por ciento.<sup>9</sup>

En el estado de Illinois, según las cifras del censo de 1930, había cerca de 300,000 desempleados respecto de una población total de 7 y medio millones, es decir, casi 4%.<sup>10</sup> Más reveladoras son las cifras para la población económicamente activa en la ciudad de Chicago, el centro urbano más importante del estado. El desempleo en 1930 era justo arriba de 12 por ciento, y brincó a más de 30 por ciento un año después. La mitad de los trabajadores en la industria manufacturera de Chicago había perdido su empleo para 1933.<sup>11</sup>

Entre los mexicanos la caída fue igual de súbita y pronunciada. Las cifras del censo de 1930 apenas dan la pincelada inicial del desastre. El porcentaje de desempleados del total de mexicanos en Illinois era 5.6, porcentaje apenas menor que el de los negros (5.7) y un poco arriba del de los extranjeros blancos (5.3). En cambio, el de los blancos nacidos en Estados Unidos era de 2.8. Tomando en cuenta sólo a la población mexicana mayor de 10 años en el estado, arriba del diez por ciento carecía de empleo. El porcentaje era algo menor en el contiguo estado de Indiana: 6.5% sin trabajo. En la ciudad de Chicago había casi 1,500 mexicanos desempleados; 177 en East Chicago y 113 en Gary, ambas ciudades en Indiana y dominadas por la industria del acero.<sup>12</sup>

<sup>8</sup>Frances Fox Piven y Richard A. Cloward. *Regulating the poor: the functions of public welfare*; Nueva York, Random House, 1971, pág. 48.

<sup>9</sup>Piven y Cloward; *Regulating...*, op cit., págs. 49-50. Sobre la década de 1920, véase Irving Bernstein. *The lean years: a history of the American worker, 1920-1933*; Boston, Houghton Mifflin, 1960, y James R. Green. *The world of the worker*; Nueva York, Hill and Wang, 1980, págs. 100-133.

<sup>10</sup>*Fifteenth census of the United States: 1930, unemployment, I*; Washington, U.S. Government Printing Office, 1931, Cuadro 4: Unemployment returns – Classes A and B, by sex, color, and nativity, for the state.

<sup>11</sup>Lizabeth Cohen. *Making a New Deal: industrial workers in Chicago, 1919-1939*; Nueva York, Cambridge University Press, 2008, págs. 241-243.

<sup>12</sup>*Fifteenth Census, unemployment, Cuadro 4.*

La Comisión de Asistencia Inmediata de Illinois (Illinois Emergency Relief Commission) contó 9,203 mexicanos que recibían asistencia en 1935. Todas las personas que recibían ayuda estaban desempleadas. Los mexicanos eran el 0.4 por ciento de la población del estado pero el 0.8 del total que recibía asistencia.<sup>13</sup> Casi una tercera parte (31.8%) de los mexicanos recibían ayuda de la Comisión en 1935, comparado con 47% de los negros y 14% de los blancos. Claro que el cálculo que hizo Elizabeth Hughes, encargada de estudiar a la población en las nóminas de la Comisión, comparó las cifras que recogió en 1935 con el número de mexicanos reportado por el censo de 1930. El porcentaje real sería más alto si pudiéramos establecer el número de mexicanos que abandonaron el estado por voluntad o fueron deportados entre 1930 y 1934. El estudio censal de Chicago en 1934, realizado por Newcomb y Lang, reportó una disminución de mexicanos en la ciudad de 20,000 a 12,500 entre 1930 y 1934. La disminución habría sido de 37.5%. Suponiendo un porcentaje igual de disminución en la población del estado de Illinois, habría 18,211 mexicanos en el estado en 1934, de manera que el porcentaje que recibía ayuda de emergencia en 1935 rondaría el 50 por ciento. No es una exageración suponer que la mitad de los mexicanos que vivían en Illinois en 1935 estaban desempleados. En South Works, de US Steel, una de las principales fuentes de empleo, había 1900 obreros mexicanos en 1930 pero sólo quedaban 300 en 1932. Es

<sup>13</sup> Elizabeth A. Hughes. *Illinois persons on relief in 1935*; Chicago, Illinois Works Progress Administration, 1937, Cuadro I: Race distribution in general and relief populations, 1935.

decir, entre 1930 y 1935, el desempleo entre los mexicanos aumento 5 veces.<sup>14</sup>

En Chicago, al igual que en todas las ciudades industriales, no era sólo la magnitud del desempleo, sino que los que tenían suerte de estar trabajando, lo hacían por menos horas y menos salario. La ronda de reducciones salariales empezó en 1930, y pronto sumó a la compañía Ford, que se consideraba a sí misma líder en promover los altos salarios. US Steel redujo salarios un 10%, en 1931.<sup>15</sup> Infinidad de compañías siguieron el ejemplo. La misma US Steel admitió que en sus fábricas de South Chicago y Gary, Indiana, no había un solo trabajador que laborara los acostumbrados seis días por semana. Justino Cordero, en South Works, trabajó sólo un día a la semana en esos años, desempeñando trabajos de peón que nunca había hecho. Él y otros obreros celebraban escuchar el ruido de la planta de ceniza, porque significaba que había trabajo ese día.<sup>16</sup> En la industria metalúrgica, los turnos de 10 horas fueron recortados a 8; en las empacadoras de carne, había quienes trabajaban tres días de ocho horas.<sup>17</sup> Entre

<sup>14</sup> Louise Año Nuevo Kerr. "The Chicano experience in Chicago: 1920-1970", tesis de doctorado, University of Illinois, Chicago, 1976, pág.75. Charles S. Newcomb y Richard O. Lang, eds. *Census data of the city of Chicago, 1934*; Chicago, University of Chicago Press, 1934, págs.295-483. Elizabeth Cohen; *Making...*, op cit., pág. 242.

<sup>15</sup> Zaragosa Vargas. *Proletarians of the north: a history of Mexican industrial workers in Detroit and the Midwest, 1917-1933*; Los Angeles, University of California Press, 1993, pág. 172. David Brody. *Workers in industrial America*; Nueva York, Oxford University Press, 1980, pág. 73.

<sup>16</sup> Entrevista a Justino y Caroline Cordero, realizada por Gerardo Necochea Gracia, South Chicago, Illinois, 13 de noviembre, 1986.

<sup>17</sup> Elizabeth Cohen; *Making...*, op cit., págs. 240-242.

1927 y 1933, las nóminas de paga de las compañías se redujeron a una cuarta parte.<sup>18</sup> El promedio nacional de salario semanal disminuyó más de 30 por ciento, a \$17 dólares.<sup>19</sup>

Entre 1929 y 1932, la respuesta generalizada a la crisis fue individual. Los intentos de solución fueron variados. En algunos lugares, las familias urbanas se hicieron de lotes baldíos para cultivarlos, con frecuencia con la venia del gobierno local.<sup>20</sup> En Chicago, International Harvester cedió terrenos desocupados de su propiedad para que sus trabajadores en paro los cultivaran.<sup>21</sup> Otras familias, aunque con mayor frecuencia individuos solos que desertaban a sus familias, se dedicaron a vagar por el país, algunos en vehículos viejos que a duras penas caminaban, otros montados de polizones en los trenes.<sup>22</sup> Entre los mexicanos de Chicago, según M. Ibañez, que trabajaba en University Settlement House, “el desafortunado padre de familia, desesperado por conseguir trabajo, deja a su familia al cuidado de nadie y parte con destino desconocido o hacia los campos de betabel. Tenemos registrados 3 o 4 casos de desertión; desconocemos el total de casos porque las esposas no quieren confesar la ofensa de sus maridos.”<sup>23</sup> Muchos por supuesto iban de villa en villa buscando trabajo pero otros habían perdido toda

esperanza, y ante la pregunta de a dónde iban, respondían como lo hizo una joven mujer que viajaba en su destartado carro por la carretera de Redwood, al sur de Seattle: “¿Adónde voy? Sólo voy.” Otros se suicidaron. El índice de suicidios mostro un alza entre 1929 y 1932.<sup>24</sup>

La gran mayoría de trabajadores en Chicago, extranjeros o hijos de extranjeros, tenían sus propias estrategias para enfrentar tiempos difíciles. Lo común era recurrir a las redes de parientes y amigos. Sin embargo, la situación posterior a 1929 era extraordinaria porque todos fueron afectados al mismo tiempo, y ni en la familia ni entre los amigos había quien pudiera brindar ayuda. Ni siquiera los que tenían trabajo podían hacerlo, porque trabajaban menos horas y por menos salario.<sup>25</sup> Además, los pequeños bancos que se habían multiplicado en la década anterior, muchos de ellos identificados con algún grupo nacional, cerraron en bancarota llevándose los ahorros de cientos de miles de trabajadores.<sup>26</sup> Entre los mexicanos no habían surgido los llamados bancos de inmigrantes pero varios bancos reportaron en 1930 que había disminuido el número de clientes mexicanos, comparado con 1928, y que los que quedaban ya estaban al final de sus ahorros.<sup>27</sup> Los exiguos fondos de las sociedades mutualistas tampoco alcanzaron para mucho. Peor aún, muchas de estas asociaciones habían invertido las

<sup>18</sup>Idem, pág. 217.

<sup>19</sup>Piven y Cloward; *Regulating...*, op cit.,pág. 50.

<sup>20</sup>Idem, pág. 49.

<sup>21</sup>LizabethCohen; *Making...*, op cit., pág. 245.

<sup>22</sup>James Green; *World...*, op cit., págs. 135-137.

<sup>23</sup>“Mexican work,” octubre 1930, págs. 2-3, caja 21, Mexican work, 1929-33, 1936, Mary McDowell Papers, Chicago Historical Society, ms. collection, en adelante 21/Mexican work, McDowell Papers.

<sup>24</sup>Irving Bernstein; *Lean...*, op cit., págs.321-332, la cita de la joven en pág. 325.

<sup>25</sup>LizabethCohen; *making...*, op cit., págs. 218-219.

<sup>26</sup>Idem, págs. 231-232.

<sup>27</sup>“Report of the Mexican work at the U[niversity] of C[hicago] Settlement for the year 1930-31,” 1931, pág.6, 21/Mexican work, McDowell Papers.

contribuciones de sus miembros en el mercado inmobiliario—que parecía un buen negocio durante el boom de construcción en los años veinte y que reventó con la bolsa de valores en 1929—y las perdieron de la noche a la mañana.<sup>28</sup>

Entre las estrategias individuales para enfrentar la crisis, el recurso a la caridad privada fue masivo. Entre 1929 y 1932, según los reportes de varias ciudades, el monto acumulado de entregas de asistencia subió de US\$22 millones en los primeros meses de 1929 a más de US\$73.5 millones al comienzo de 1931. El promedio mensual de familias que recibían asistencia rebasó el millón en los primeros meses de 1931. Para 1932 las solicitudes de asistencia se habían incrementado en 40 por ciento y un alto número de ellas fue rechazado. Se estima que de los 12 millones de desempleados en 1932, sólo una cuarta recibía asistencia. Las instituciones privadas y públicas simplemente habían agotado sus fondos. En las ciudades de Filadelfia y Chicago las oficinas de asistencia cerraron sus puertas.<sup>29</sup> El sacerdote de una iglesia católica en un barrio de Chicago, Back of the Yards, se halló bombardeado por solicitudes de ayuda día y noche; y como él, todos los otros encargados de las instituciones que distribuían asistencia en la ciudad.<sup>30</sup> Ni la Iglesia Católica ni la Caridad Judía de Chicago pudo sostener la ayuda a los necesitados. En muy corto tiempo, la cantidad de solicitantes rebasó la capacidad de socorro de las agencias.

La falta de fondos era un problema, pero también lo eran dos principios que regían el sistema. Uno de ellos era viejo, venía desde tiempos coloniales, y establecía que cada comunidad debía cuidar de los suyos. Eran los gobiernos locales los que debían destinar fondos para ayudar a las familias o individuos menesterosos, y el gobierno federal quedaba exento de responsabilidad.<sup>31</sup> El otro principio era producto del último medio siglo, y establecía que la caridad debía ser voluntaria y privada. Proliferaron, en la segunda mitad del siglo XIX, las sociedades de asistencia, muchas de ellas ligadas a las iglesias cristianas; la idea que las animaba no era la de dispensar fondos sino la de poner a los pobres a trabajar, ya que sus desgracias respondían a su debilidad moral, indolencia e intemperancia.<sup>32</sup> Debido a estos dos principios, la asistencia pública era raquítica.

Al inicio de la Gran Depresión, las ciudades y los condados contaban con un complejo armado de agencias de asistencia privada, algunas de ellas de carácter religioso y excluyente. Los grupos inmigrantes, por supuesto, habían formado asociaciones de ayuda mutua, que en ocasiones se habían constituido en poderosas federaciones de instituciones de asistencia. En cambio, la asistencia pública apenas contaba con alguna oficina y escasos recursos. Para 1932, sin embargo, 24 gobiernos estatales

<sup>28</sup>Lizabeth Cohen; *Making...*, op cit.,pág. 222.

<sup>29</sup>Piven y Cloward; *Regulating...*, op cit.,págs. 55-58.

<sup>30</sup>Lizabeth Cohen; *Making...*, op cit., pág. 219.

<sup>31</sup>Piven y Cloward; *Regulating...*, op cit., pág. 48.

<sup>32</sup> David Montgomery. *El ciudadano trabajador: democracia y mercado libre en el siglo XIX norteamericano*; México DF, Instituto Mora, 1997, págs. 96-110. Lizabeth Cohen; *Making...*, op cit., págs. 223-224.



suministraban ayuda financiera a la asistencia pública local.<sup>33</sup>

Debido al principio de responsabilidad local que orientaba la asistencia social, los mexicanos con frecuencia no eran elegibles para recibir ayuda. Un mexicano que había trabajado para una compañía de ferrocarril en el condado de Keane desde 1927, fue despedido en 1931. Este hombre decidió llevarse a su esposa y cuatro hijos menores de 10 años a Chicago, pensando que obtendría empleo ahí. A principios del otoño de 1932 la familia recurrió al Servicio de Asistencia a Desempleados (Unemployment Relief Service), pero recibió respuesta negativa porque no cumplía el requisito de un año mínimo de residencia en el condado de Cook. Le recomendaron que regresara a Keane. A pesar de gestiones por parte de varias agencias sociales, no fue posible brindarles ayuda hasta que, entrado el invierno, las autoridades del condado de Keane aceptaron un arreglo temporal que las obligaba a reembolsar los gastos incurridos por la United Charities.<sup>34</sup> La señora Quintana, viuda y con ocho hijos, no recibió ayuda porque no era residente legal de Chicago, hasta que un trabajador social convenció a la United Charities de la urgencia del caso. El señor Medina y su hija tuvieron menos suerte, porque a ellos les rehusaron ayuda en 1930 por no ser residentes de Chicago, y tan sólo lograron que un trabajador de University Settlement

les comprara provisiones para unos días.<sup>35</sup> Esta situación fue común entre 1929 y 1932. Los betabeleros o los jornaleros del ferrocarril en el medio oeste, enfrentados a la falta de empleo, se encaminaron a las zonas urbanas, como habían hecho muchas veces antes, pero ahora no lograron conseguir empleo. Mientras sus magros ahorros desaparecían, las agencias de asistencia social rehusaban brindarles ayuda.<sup>36</sup>

Este mismo principio de responsabilidad local fue con frecuencia ampliado para justificar la exclusión de los extranjeros que no eran ciudadanos. Muchos políticos insistían en que los extranjeros agravaban el problema del desempleo, y su base de electores con frecuencia estaba de acuerdo. En 1930 el Congreso inició discusiones sobre legislación que detuviera la inmigración a los Estados Unidos. El periódico *México* informaba a sus lectores que el comité de migración del Congreso federal examinaba la propuesta de los diputados Box y Johnson para restringir la inmigración de mexicanos, porque según estos políticos, “los braceros mexicanos cobran menores salarios y...han venido a constituir un peligro para todos los trabajadores americanos en el suroeste de la Unión.”<sup>37</sup> En septiembre de 1930, de hecho, el servicio consular recibió

<sup>33</sup>Piven y Cloward; *regulating...*, op cit., pág. 56.

<sup>34</sup> “Family welfare threatened by local responsibility principle of Illinois poor law,” 28 de abril, 1933, caja 4, expediente 50, Immigrants’ Protective League Papers, Special Collections Library, University of Illinois at Chicago, en adelante, IPL Papers.

<sup>35</sup> “Report of the Mexican work at the University of Chicago Settlement, 1929-1930,” 1930, págs.4-6, 21/Mexican work, McDowell Papers.

<sup>36</sup> “Report of the Mexican work at the U[niversity] of C[hicago] Settlement for the year 1930-31,” 1931, pág.14, 21/Mexican work, McDowell Papers. Jim Norris. *North for the harvest: Mexican workers, growers, and the sugar beet industry*; St. Paul, Minnesota Historical Society Press, 2009, pág. 44.

<sup>37</sup> *México*, 21 enero, 1930.

instrucciones de no dar entrada a quienes pudieran convertirse en “carga pública” y en general de restringir la emisión de visas. En enero de 1932 fueron emitidas 132 visas en México, comparadas con las 3,425 que fueron otorgadas en enero de 1928.<sup>38</sup> En la esfera local, los trabajadores sociales insistían en que sólo los ciudadanos tenían derecho a recibir asistencia. Los mexicanos, que pertenecían a la última oleada de inmigración antes de la depresión, fueron blanco frecuente no sólo de opiniones sino de actos xenofóbicos. En las zonas de concentración de inmigrantes mexicanos fue común la presión para que salieran del país, lo que dio pie al fenómeno de la repatriación forzada.

Desempleados y sin perspectivas de obtener trabajo o asistencia en el futuro próximo, muchos mexicanos optaron por abandonar la ciudad en que residían, y eventualmente el país. Los que emprendieron el regreso a México en los primeros meses posteriores al crack, generalmente lo hicieron con sus propios recursos. Sin duda este fue el caso de diez mil mexicanos que retornaron en marzo de 1930, muchos de ellos residentes del Valle Imperial y otros lugares cercanos a la frontera. Según la nota periodística que leyeron los mexicanos residentes en Chicago, sus paisanos llevaban consigo automóviles, implementos agrícolas y útiles de casa. El gobierno mexicano no les cobró impuestos de menaje de casa, y añadía la nota, “les darán haciendas que pertenecieron a González Escobar y otros

rebeldes de Sonora, Chihuahua, Sinaloa y Durango para que las colonicen.”<sup>39</sup> Los que permanecieron con la esperanza de que la economía levantara, cuando decidieron regresar a México habían ya agotado sus ahorros y no contaban con la suma necesaria para el traslado.

Posiblemente entre 1929 y 1931 coincidieron los deseos de los mexicanos de regresar a su país con la conveniencia para las autoridades locales de aligerar la carga sobre los fondos para beneficencia. Tanto las agencias privadas como las autoridades locales canalizaron fondos para pagar por la repatriación, ya que era más barato que suministrar ayuda continua. También los cónsules mexicanos apoyaron este esfuerzo. Sin embargo, especialmente después de 1933, los programas de repatriación cada vez adquirieron un más marcado tinte de deportación.

Ya en 1930, el recién nombrado Secretario del Trabajo William Doak, prometió expulsar a los 400 mil inmigrantes ilegales en el país porque ocupaban puestos de trabajo que les pertenecían a los ciudadanos.<sup>40</sup> Sus palabras fueron seguidas de acciones, como en Tucson, Arizona, donde varios mexicanos que se habían “internado en los Estados Unidos sin llenar los requisitos de rigor” fueron encarcelados y luego deportados.<sup>41</sup> En 1937, de hecho, fue aprobada la ley de repatriación que permitía al gobierno federal deportar a los indigentes que no fueran ciudadanos en cualquier momento después de su entrada a

<sup>38</sup>“Emergency restriction of immigration,” Report of Immigration Committee, Chamber of Commerce of the United States, Washington, March 1932, pág.3, caja 11, exp. 128, IPL Papers.

<sup>39</sup>México, 6 marzo, 1930.

<sup>40</sup>George J. Sanchez; *Becoming...*, op cit., pág. 214.

<sup>41</sup>México, 14 enero, 1930.

Estados Unidos. La ley fue poco utilizada pero pendía sobre la cabeza de los inmigrantes. La repatriación, que en un principio obedeció a decisiones individuales y voluntarias, al poco tiempo y debido a presiones políticas, se convirtió en política institucional aplicable a todos los mexicanos. La repatriación forzada fue extensa en el sudoeste y también en el medio oeste.<sup>42</sup>

No hay acuerdo respecto del número de mexicanos repatriados, y por supuesto es imposible saber cuántos mexicanos salieron por la fuerza y cuántos voluntariamente. Las estimaciones sobre el total de repatriados varían, desde 300 mil hasta 1 millón. Ralph Guzmán calcula que medio millón de repatriados es una cifra conservadora. Basa su cálculo en la cifra que ofrece Carey McWilliams, “más de 200,000 mexicano-norteamericanos fueron probablemente forzados a salir del estado de California entre 1932 y 1933”, que a su vez le sirve para proyectar que fueron unos 350,000 los repatriados de California durante los cuatro años de 1930 a 1934. Trabajando con la documentación mexicana, Mercedes Carreras de Velasco estima que los repatriados entre 1930 y 1933 fueron 311,717, cifra igual a la que ofreció Emory Bogardus en 1934 en base a la misma fuente. Hoffman calcula un número similar para 1930-34, y cerca del medio millón si extiende el periodo de 1929

a 1937. Balderrama y Rodríguez contraponen estas estimaciones a los 2 millones que reportó el periódico *El Universal*, en la ciudad de México, y deciden por un “conservador término medio” de un millón de repatriados entre 1930 y 1940.<sup>43</sup> Como quiera que sea, el número fue alto; el impacto fue mayor, tanto porque algunos eran ciudadanos de Estados Unidos como porque muchos dejaron atrás familiares y amigos.

El éxodo comenzó desde el invierno de 1929-30. Un año después, 2700 mexicanos cruzaron la frontera por Nuevo Laredo durante los primeros 15 días de diciembre mientras que en un solo día de enero, 1931, 800 mexicanos cruzaron los pasos de Laredo y Nogales. Venían de cientos de lugares en el suroeste y el medio oeste.

Alrededor de una tercera parte de la población mexicana de Los Ángeles regresó a México entre 1930 y 1935.<sup>44</sup> Directores de varias agencias de asistencia propusieron a las autoridades del condado un plan para pagar pasajes de tren a la frontera con México. Las autoridades aceptaron, y el primer tren de repatriados salió de Los Ángeles el 23 de marzo de 1931. El cónsul Rafael de la Colina, que había protestado por los intentos de intimidar y deportar a los mexicanos, consideró que este plan era bueno, y así mismo lo hizo el periódico *La Opinión*. El consulado mexicano, de hecho,

<sup>42</sup> Sobre la repatriación en los estados fronterizos, véase Abraham Hoffman; *Unwanted...*, op cit. Para la región del *midwest*, véase Neil Betten and Raymond A. Mohl; “From discrimination...”, op cit. Daniel T. Simon; “Mexican repatriation...”, op cit. Zaragoza Vargas; *Proletarians...*, op cit., págs. 176-190. Jim Norris; *North...*, op cit., págs. 43-44.

<sup>43</sup> Ralph Guzmán; “La repatriación...”, op cit. pág. 145. Mercedes Carreras de Velasco; *Los mexicanos...*, op cit., págs. 173-174. Hoffman; *Unwanted...*, op cit., p. 126. Balderrama y Rodríguez; *Decade...*, op cit., págs. 150-151. Durand y Massey; “Mexican migration...”, op cit., págs. 3-42.

<sup>44</sup> George J. Sanchez; *Becoming...*, op cit., págs. 212-213.

durante el invierno de 1930-31 arregló obtener tarifas reducidas para trasladar por tren de Los Ángeles a El Paso a mexicanos que deseaban repatriarse. El condado de Los Ángeles organizó los traslados de manera constante cada dos meses hasta abril de 1933. El interés de los mexicanos por regresar a México decayó después de esa fecha y los fletes de trenes se hicieron menos frecuentes hasta que terminaron a mediados de 1934.<sup>45</sup> Por esa razón, la repatriación después de 1933 fue principalmente forzada.

El patrón fue muy similar en el medio oeste. En los campos de betabel de Minnesota, la depresión económica forzó a muchos granjeros a no pagar las deudas contraídas, y por consiguiente, a abandonar o alquilar su tierra. La sequía y las plagas de saltamontes durante la década de 1930 también hicieron estragos en la agricultura de la región. En consecuencia, la mano de obra empleada se redujo. Los betabeleros mexicanos en 1931 todavía eran 30 por ciento de la mano de obra empleada para la cosecha (en 1928 eran 35 por ciento) pero para 1934 casi habían desaparecido de los campos de betabel. Probablemente 15 por ciento de la población mexicana en la ciudad de Saint Paul abandonó la región. Muchos se trasladaron a las ciudades de Detroit o Chicago, donde tampoco tuvieron fortuna. Aquellos que se trasladaron a Texas, a la pizca de algodón en la que habían empezado su ruta migratoria, encontraron que los granjeros texanos habían reducido su fuerza de trabajo a la mitad en 1932. En Milwaukee, Wisconsin, el número de mexicanos disminuyó de los casi

4000 que residían ahí en 1929 a 1500 en 1932.<sup>46</sup> La depresión pegó por igual en el trabajo agrícola que en el industrial.

Los trabajadores mexicanos que vivían en Detroit y trabajaban principalmente en las fábricas de autos, inmediatamente sintieron la caída en el empleo. Las plantas de Ford empleaban, en diciembre de 1929, más de 100,000 trabajadores. Para la primavera de 1931, el número descendió a 84,000 y se redujo todavía más para el verano, a 37,000. La mitad de los empleados trabajaban tres días por semana y la compañía redujo el sueldo a US\$6 por día. Los casi mil mexicanos que la planta de Ford en Rouge contrató para iniciar la construcción del modelo A, fueron despedidos entre 1929 y 1931. Muchos dejaron la ciudad de inmediato.

Los que se quedaron tuvieron que contender con los esfuerzos de otros para que regresaran a México. Las agencias de caridad privada y de asistencia pública estaban en bancarrota. La ciudad, de hecho, enfrentaba una crisis fiscal. Por esa razón, las autoridades municipales y los trabajadores sociales promovieron la repatriación de los mexicanos. En 1931 fueron deportados 1,500 que habían entrado al país ilegalmente. En ese año, además, iniciaron los trenes de repatriados, que llevaban a mexicanos desde Detroit hasta Laredo a precios rebajados; el primero fue en octubre, y partieron otros 4, el último en febrero de 1932. El total de así repatriados no excedió de 300, la mitad eran familias con niños.

<sup>45</sup> Idem, pág. 220.

<sup>46</sup> Zaragoza Vargas; *Proletarians...*, op cit., págs. 189-190. Jim Norris; *North...*, op cit. págs. 40-45.

Un año después, al inicio del invierno de 1932, el consulado y Diego Rivera, entonces empleado en pintar los murales del Instituto de Artes de Detroit, promovieron la repatriación asistida en parte por el gobierno de México, de la frontera al interior de México, y en parte por el gobierno de Michigan, de Detroit a Laredo. El viaje de 40 horas en ocasiones duraba más, debido a retrasos porque otros trenes tenían prioridad de vía; faltaba comida y calefacción, iban amontonados. Dos repatriados que salieron con un grupo de 430 mexicanos, el 22 de noviembre, cuando llegaron a San Antonio y quisieron bajar del tren les fue negado el permiso para hacerlo. El último de esta segunda tanda de trenes salió en diciembre de 1932. El programa terminó debido a que el gobierno mexicano ya no contaba con fondos para ayudar a los repatriados.

A Detroit llegaron noticias de las malas condiciones del viaje y de que en México la situación no era mejor que en Detroit, a pesar de las promesas de tierras en colonias agrícolas. Incluso Diego Rivera cambió de opinión, y animó a los mexicanos a quedarse en Detroit y pelear ahí por sus derechos. En total, 1426 mexicanos emprendieron el regreso en estas campañas de repatriación ambigua, parte voluntaria y parte forzada. La población de 1200 en 1936 representaba una disminución de casi 90 por ciento respecto del número que residía en Detroit en 1928.<sup>47</sup>

En Chicago, entre 1929 y 1933, las redadas de deportación estuvieron dirigidas a todos los inmigrantes. A principios de 1930,

inspectores de inmigración en la ciudad habían ordenado la minuciosa investigación de los antecedentes penales de todos los extranjeros de reputación sospechosa que se encontraban en las estaciones de policía. Varios fueron deportados, entre ellos 4 mexicanos acusados de robo, riña y alteración del orden, y un quinto sin antecedentes pero considerado sospechoso.<sup>48</sup> Meses más tarde, el Departamento del Trabajo ordenó una campaña nacional para localizar a extranjeros que pudieran ser deportados. Los agentes del departamento empezaron a actuar en Chicago en la segunda mitad de 1931, justificando que su acción iba dirigida a los contrabandistas de extranjeros ilegales. En un principio dirigieron su atención hacia los chinos y posteriormente hacia los mexicanos.

Una redada fue llevada a cabo el 26 de octubre en South Chicago, zona de residencia de obreros metalúrgicos principalmente. Al filo de las dos de la tarde, varios policías de uniforme y de civil empezaron a echar el guante a mexicanos que encontraban en la calle, y acorde a Samuel Guerrero, los juntaron en el billar de su propiedad, "Las Dos Repúblicas". Una vez que reunieron entre 35 y 40, los llevaron a la estación de policía. Lo mismo sucedió en los billares "The Baltimore" y "El Vacilón", según sus dueños, Guillermo Flores y Jesús Partida. Antonio Bravo, dueño del "South America", reportó 15 hombres detenidos, mientras que varios testigos coincidieron en que 30 fueron detenidos en "El Nacional". Acorde a estos reportes, más de 150 mexicanos cayeron en la redada. Pero

<sup>47</sup>Zaragoza Vargas; *Proletarians...*, op cit., pág. 189.

<sup>48</sup>México, 25 febrero, 1930.

el intérprete para la policía de South Chicago, Charles Roberts, afirmó que habían sido 109. La mayoría fueron liberados a las pocas horas, así que es posible que Roberts no hubiera tenido contacto con todos. Tres quedaron arrestados, y según Roberts, uno de ellos estaba contento de que lo fueran a deportar. Según el vice-cónsul Domínguez, el consulado mexicano en Chicago no había intervenido porque nadie lo solicitó. Pero Domínguez había estado en contacto con Roberts, quien le comunicó que sólo uno de los tres arrestados seguía en custodia.

La siguiente redada ocurrió en la vecindad de Stock Yards, el distrito de los mataderos y las empacadoras de carne. Ahí también Charles Roberts actuó como intérprete; ninguno de los arrestados quedó detenido. En otra redada, cuatro mexicanos terminaron en la estación de policía de la calle Maxwell, pero según el oficial a cargo, fueron liberados después de ser interrogados. Para ese propósito, los agentes de Inmigración habían llevado a su propio intérprete. Otros agentes hicieron incursiones en los hoteles del centro, porque sospechaban que en las cocinas trabajaban inmigrantes ilegales. Alinearon a los empleados contra la pared y demandaron que mostraran pruebas de su entrada legal al país. También, desde el mes de agosto, los agentes de inmigración habían visitado las oficinas de la Illinois Steel en los días de paga, inquiriendo sobre la condición migratoria de los empleados mexicanos pero sin arrestar a ninguno.<sup>49</sup>

<sup>49</sup> “Memorandum on the United States deportation drive of October, November, 1931 in Chicago, by Mrs. Kenneth F. Rich, director (confidential)”, 12 diciembre, 1931, caja 2, exp. 21, IPL Papers; “Raids by

Una visitadora de la Liga Protectora de Inmigrantes, Hortensia Sahagún de la Mora, logró localizar a varios de los detenidos en South Chicago. La visitadora obtuvo información de 23 de los mexicanos arrestados. Algunos firmaron declaraciones; ninguno se quejó de maltrato y en esto coincidieron con testigos también entrevistados por Sahagún de la Mora. Pocos fueron deportados, 6, mientras que otros 7 quedaron bajo investigación. Los demás fueron liberados. Unos cuantos habían entrado al país en fecha reciente mientras que diecisiete entraron antes de 1926, es decir, antes que se hicieran más estrictas las medidas de entrada para los mexicanos. Tres mexicanos que entraron en 1930 fueron deportados por haber entrado ilegalmente. En otros casos, no siempre era claro porque deportaban a unos y a otros no. Juan Aguilar, por ejemplo, entró en 1923 y ni pagó el impuesto ni pasó por la inspección requerida. Fue deportado el 20 de noviembre de 1931. Salomé Balderrama también entró de manera ilegal en 1923 y no fue deportado. Algunos a primera vista considerados ilegales tuvieron suerte: Antonio Martínez llevó el pasaporte de su primo Francisco a la estación de policía, para probar su entrada legal; la esposa de José González hizo lo mismo. Ambos fueron soltados.

Casi todos los deportados aceptaron el fallo de buen talante. Gregorio Tena entró ilegalmente en junio de 1930, no hablaba inglés y era analfabeto; declaró que su madre y hermano estaban en México y que estaría mejor con ellos. José Torres cruzó el

immigration inspectors”, 2 noviembre, 1931, caja 4, exp. 54a/suplemento II, IPL Papers.

Río Bravo de manera ilegal en 1926 y no se sentía mal de regresar, porque su madre estaba en México, aunque estaba molesto por haber estado detenido tanto tiempo. Sólo Anepiaro Arroyo declaró su inconformidad porque la deportación le impediría entrar a Estados Unidos más adelante.<sup>50</sup>

Los que pudieron demostrar que eran inmigrantes legales consideraban que su detención era uno más de los infortunios que enfrentaban en un país poco amigable pero no estaban dispuestos a emprender acción legal por falso arresto o privación ilegal de su libertad. Un hombre de San Salvador, pescado en la cocina del Hotel Atlantic, estuvo encarcelado siete días y le fueron confiscados su pasaporte y su acta de nacimiento. Lo soltaron cuando finalmente fue verificada su entrada legal a los Estados Unidos. A pesar de que su detención fue violatoria de sus garantías, este hombre consideró que “demandar por daños sería demasiado costoso” e inútil.<sup>51</sup>

Si bien fueron numerosos los arrestados, pocos fueron deportados o permanecieron cautivos y sujetos a investigación. Los resultados de las redadas eran pobres. Aun así, continuaron: en agosto de 1932 dos agentes de Inmigración irrumpieron en la casa de Ignacio Romero y lo detuvieron sin razón. En 1933, 18 mexicanos que estaban

en prisiones y hospitales mentales fueron deportados.<sup>52</sup> Más importante fue el efecto que tuvieron en la población inmigrante: muchos sin duda accedieron con mayor facilidad a la repatriación voluntaria por miedo a las redadas.

Desde Chicago y las ciudades vecinas no partieron trenes especiales cargados de mexicanos, como lo hicieron desde Los Ángeles, seguramente porque el número de mexicanos residentes era menor. Aun así, miles abordaron los trenes con destino a la frontera. En algunos casos se beneficiaron de arreglos especiales, como los 170 trabajadores cuyo pasaje hasta Laredo, Texas, corrió por cuenta de su antiguo empleador, Inland Steel. En ese mismo año, 1932, el cónsul Aveleyra negoció un arreglo más común, tarifas rebajadas hasta la frontera para los mexicanos. La Missouri Pacific Line informó que cobraría 15 dólares hasta Laredo, siempre y cuando fueran grupos de cincuenta o más mexicanos. Más de mil mexicanos viajaron así, entre junio y octubre de 1932, de East Chicago, en Indiana, a la frontera.<sup>53</sup>

El cónsul y los Comités de Beneficencia asociados al consulado recabaron fondos para ayudar a los que no podían pagar su pasaje. En otros casos, las agencias de caridad o instituciones de trabajo social ayudaron a sufragar los costos. Pero en estos últimos casos, la línea entre la repatriación voluntaria y la forzada nunca

<sup>50</sup> “Raids by immigration inspectors”, investigator Mrs. de la Mora, 2 noviembre, 1931; “Persons arrested in deportation drive”, octubre, noviembre 1931; “Statement of Mexican arrested by U.S. Immigration official [Francisco Martínez]”, 10 noviembre, 1931; “Statement of Mexican arrested by U.S. Immigration official [José González]”, 17 noviembre, 1931, caja 4, exp. 54a/suplemento II, Deportation, IPL Papers.  
<sup>51</sup> “Memorandum”, 12 diciembre, 1931, págs. 2-3.

<sup>52</sup>Zaragoza Vargas; *Proletarians...*, op cit., pág. 188; *Welfare Bulletin*, febrero 1933, p. 2, en caja 4, exp. 54b/suplemento II, Deportation, IPL Papers.

<sup>53</sup>Mercedes Carreras de Velasco; *Mexicanos...*, op cit., pág. 90. Balderrama y Rodríguez; *Decade...*, op cit., págs. 207-208. Zaragoza Vargas; *Proletarians...*, op cit., pág. 189.

era clara. El cónsul Aveleyra escribió una fuerte carta de protesta en julio de 1932 a la encargada de la beneficencia pública en la ciudad de Gary, Indiana, Mary Grace Wells. La carta menciona que el consulado había recibido quejas respecto de la política de Wells de negar ayuda a los mexicanos que no aceptaban regresar a México, y el cónsul en específico reclamó que 15 familias fueran enviadas por tren a Laredo sin consultar y hacer arreglos previos con el consulado.<sup>54</sup> La presión, ya fuera desde las oficinas de beneficencia pública, las agencias de caridad o los agentes de inmigración, obligó a muchos a escoger la repatriación como el menor de los males, aun cuando no eran directamente forzados a regresar a México.

Rafael Aveleyra estimó que entre 1931 y 1932, 60 por ciento de la población mexicana en los estados del medio oeste había regresado a México. La población en la ciudad de Chicago disminuyó de 20,000 en 1930 a 12,500 en 1934, es decir, casi 40 por ciento dejó la ciudad en esos cuatro años.<sup>55</sup> En 1940, la población de la ciudad de ascendencia mexicana sumaba 16,172 personas, pero sólo 7,132 habían nacido en México. Esa cifra representaba una disminución cercana al 50 por ciento respecto de las 14,645 personas nacidas en México y censadas en 1930.<sup>56</sup> Hay que tomar en cuenta, además, que la

recuperación de la economía después de 1939 ya empezaba nuevamente a atraer inmigrantes mexicanos.

La situación de los mexicanos en Estados Unidos, que fue de mal en peor entre 1929 y 1934, movilizó a los cónsules mexicanos en las localidades y a los secretarios de estado en la Ciudad de México. Gracias a sus esfuerzos muchos mexicanos obtuvieron transporte a costo reducido o incluso gratis hacia la frontera o hacia sus pueblos de origen. El gobierno mexicano también procuró soluciones para incorporarlos a la vida productiva en México. En 1931, la Secretaría de Gobernación sondeó las posibilidades de que los repatriados obtuvieran tierra a bajo costo o empleos agrícolas en el sur, donde, según el razonamiento oficial, era necesario inyectar gente emprendedora. La Secretaría también solicitó a los gobernadores que indagaran si había tierras para colonizar en sus estados. Ya desde mayo de 1930, *México* informó a sus lectores en Chicago que el estado de Jalisco daría tierras a los repatriados en respuesta a la petición del presidente.<sup>57</sup> Pero los proyectos de colonización no tuvieron éxito, y en general los que retornaron a México prefirieron dirigirse a sus pueblos y reintegrarse a sus redes familiares.

<sup>54</sup> Balderrama y Rodríguez; *Decade...*, op cit., págs. 186-188, 207-208.

<sup>55</sup> Ídem, págs. 207-208. Louis Kerr; "Chicano...", op cit., pág. 75. Newcomb y Lang; *Census...*, op cit., págs. 295-483.

<sup>56</sup> *Sixteenth Census of the United States: 1940*. Cuadro 8: Nativity and parentage of foreign white stock, by country of origin, for cities with 50,000 or more foreign-born white: 1940 and 1930.

<sup>57</sup> Mercedes Carreras de Velasco; *Mexicanos...*, op cit., pág. 113. Balderrama y Rodríguez; *Decade...*, op cit., pág. 202. *México*, 13 mayo, 1930.



## Los que permanecieron

Para aquellos que permanecieron en Chicago, el desempleo y el hambre no habían disminuido. Pero el ánimo de los residentes de la ciudad pasaba del desasosiego a la organización. En la medida en que los trabajadores desempleados empezaron a protestar colectivamente, en esa medida la ayuda económica comenzó a fluir.

El Partido Comunista tomó la delantera en la organización de los desempleados. El 4 de julio de 1930, 1300 delegado reunidos en la ciudad de Chicago fundaron el Consejo Nacional de Desempleados. Un año más tarde, el Partido Socialista formó el Comité Obrero para el Desempleo (Workers' Committee on Unemployment).<sup>58</sup> Ambas organizaciones llevaron a cabo manifestaciones y enfrentamientos para protestar la política de la beneficencia pública. Ya en marzo de 1930 el Partido Comunista organizó la primera andanada de marchas; más de un millón de desempleados manifestaron su descontento en las principales ciudades. En Detroit se reunieron alrededor de 100 mil manifestantes, y expresaron su sentir arrojando "ladrillos a las ventanas de varios edificios céntricos ocupados por los llamados opresores de la clase obrera y causantes de la actual situación de los sin trabajo."<sup>59</sup> En Chicago, alrededor de 50 mil hombres y mujeres marcharon para demandar que el gobierno municipal

hiciera algo por los sin trabajo.<sup>60</sup> El movimiento creció rápidamente y en diciembre de 1930 convocó a una gran marcha de hambre en la capital del país, Washington, D.C.

El periódico *México* informó a sus lectores de estas marchas. Además, uno de sus redactores, R. González, reflexionó en un editorial acerca de la represión por parte de la policía: "Es realmente extraño que en este país donde se predica la libertad individual, caracterizada en exponer libremente las ideas en orden pacífico así como el derecho de reunión, se vean estos hechos verdaderamente censurables."<sup>61</sup>

Las repetidas acciones directas en los dos años siguientes atrajeron a los desempleados, y a los que no lo estaban. Más importante, forzaron a la beneficencia pública a olvidarse de criterios ineficaces y buscar solución a las demandas de los desempleados. En 1931, 5000 miembros del Consejo protestaron las condiciones en que vivían los desempleados que se habían refugiado en casas de huéspedes propiedad de la municipalidad de Chicago. Demandaban tres comidas al día, atención médica gratuita, dos raciones de tabaco a la semana y el derecho a celebrar reuniones del Consejo en las habitaciones. La acción más característica de los consejos fue apoyar a aquellos que eran desalojados de sus casas, organizando a los vecinos para meter los muebles a la casa tan pronto como las autoridades los sacaban a la calle. Los enfrentamientos con frecuencia terminaban en golpizas, arrestos y aún

<sup>58</sup>LizabethCohen; *Making...*, op cit., pág.262. Richard O. Boyer y Herbert M. Morais.*Labor's untold story*; Nueva York, United Electrical Radio & Machine Workers of America, 1971, pág. 260.

<sup>59</sup>*México*, 8 de marzo, 1930.

<sup>60</sup>Boyer y Morais; *Labor's...*,op cit., pág. 262.

<sup>61</sup>*México*, 6 de marzo, 1930.

muerres. Los desalojos en Chicago fueron suspendidos temporalmente después de que en agosto de 1931 un tumultuoso enfrentamiento resultó en tres policías heridos. Las oficinas de beneficencia fueron obligadas a suministrar ayuda para pagar la renta y los revoltosos obtuvieron trabajo temporal. Los enfrentamientos siguieron tiempo después: entre diciembre de 1931 y diciembre de 1932, los desalojos afectaron a 3,611 familias que incluían a más de 26 mil niños.<sup>62</sup>

Probablemente 1932 fue el año pico en el movimiento de los desempleados en Chicago. A través de ese año ocurrieron diez protestas semanales en promedio. Hacia fines de octubre, una colaboración inusual entre comunistas y socialistas atrajo a más de 25 mil personas a participar en una “dramática marcha silenciosa”, que avanzó bajo la lluvia por las calles del centro de la ciudad, en protesta porque la ayuda para comida había sido reducida a la mitad. Marcharon hombro con hombro los desempleados de South Chicago, Back of the Yards, Little Sicily y el barrio negro. Miles más hicieron valla para ver pasar a los manifestantes. Las autoridades de la beneficencia pública revirtieron su decisión y consiguieron un préstamo de 6 millones de dólares del gobierno federal para no reducir la ayuda. El alcalde de la ciudad requirió aún más dinero del gobierno federal, aconsejando que era preferible enviar 150 millones en ese momento y no tropas federales más tarde.<sup>63</sup>

<sup>62</sup>Piven y Cloward; *Regulating...*, op cit., pág. 62. Boyer y Morais; *Labor's...*, op cit., pag. 261.

<sup>63</sup>LizabethCohen; *Making...*, op cit.,pags. 264-66.Piven y Cloward; *Regulating...*, op cit.,pág. 66.

Marchas y protestas continuaron durante 1933. Cuando Roosevelt asumió la presidencia, en marzo de 1933, escogió a Chicago como una de las 7 ciudades que recibirían ayuda federal inmediata para reforzar los fondos para beneficencia. En el transcurso de 1934, el movimiento de los desempleados perdió momento a la par que llegaba la ayuda federal para beneficencia y obras públicas.<sup>64</sup>

Hay poca evidencia que muestre la participación de mexicanos en las organizaciones de desempleados. En 1935 había un Comité de Desempleados Mexicanos en Hull House, y a sus reuniones asistían entre 15 y 40 miembros.<sup>65</sup> Desafortunadamente no sabemos cuándo se fundó o qué actividades llevaba a cabo. El periódico *México* al menos mantuvo informados a sus lectores, y reportó favorablemente sobre las movilizaciones. Aún si no fueron activistas, al menos la mitad recibía ayuda económica en 1935 y su permanencia en Chicago obedeció en parte a los logros del movimiento de los desempleados.

La otra mitad no recibía ayuda de la beneficencia. Los padres de Natalie Ruíz y Carmen Arias, obreros en Wisconsin Steel, estaban entre ellos. El padre de Natalie trabajaba dos días a la semana mientras que Lucio Martínez, padre de Carmen, trabajaba

<sup>64</sup>Piven y Cloward; *Regulating...*, op cit.,pags. 72-75.LizabethCohen, *Making...*, op cit.,págs. 265-269.

<sup>65</sup> “Report of the year ending July 31, 1935”, caja 2, exp. 24, Adena Miller Rich Papers, Hull House, Special Collections Library, University of Illinois at Chicago, en adelante Miller Rich Papers.

un día, a veces dos, a la semana.<sup>66</sup> Desde el punto de vista de la beneficencia privada o pública, estaban empleados y no calificaban para recibir ayuda. Justino Cordero era obrero calificado en la planta generadora de energía de South Works, pero durante los años de crisis trabajó un solo día a la semana, haciendo trabajos de peón que nunca había hecho. Recuerda que los años de la depresión en los treinta no fueron tan difíciles para su familia. “Mi única deuda fueron dos o tres meses de renta.” Justino no recurrió a la asistencia pública, porque lograba sobrellevar los malos tiempos debido a que reparaba radios. Para muchas familias el radio era la única diversión en esos años, y la descompostura del aparato era una tragedia familiar. Justino reparaba los aparatos, y a cambio, sus clientes le daban una parte de los víveres que recibían de la beneficencia. “Tenía un carro—relata—entregaba los aparatos y lo traía lleno de comestibles.”<sup>67</sup> Fue muy frecuente, de hecho, que la economía familiar regresara al intercambio simple.

Fue también común que muchas familias regresaran a la producción de su subsistencia. El hermano de Justino, que trabajaba en Wisconsin Steel, cultivaba maíz y jitomate en un solar vacío. Algunos empleados de Wisconsin Steel recibieron permiso para cultivar en lotes que eran propiedad de la compañía.<sup>68</sup> Muchos otros ocuparon y cultivaron lotes que nadie reclamaba. Lo hacían no sólo familias mexicanas, según Justino también “los

güeros y los negros.” En el invierno, muchos de los residentes de South Chicago iban a un muladar en la calle 95, escarbaban y juntaban una gran cantidad de pedacitos de madera. También había carboneras abandonadas donde iban por carbón. Carmen recuerda que un día su mamá llegó con un niño y una niña serbios cuya madre había muerto, y comieron chocolate con “pan mexicano”, o sea tortillas.<sup>69</sup> La solidaridad que antes corría principalmente entre parientes, ahora desbordaba hacia todos los vecinos y fuera de los límites nacionales.

Los hijos de los mexicanos siguieron asistiendo a la escuela, y con todo y privaciones, siguieron explorando juguetonamente el mundo. Carmen Arías nació en 1921, en Momax, Zacatecas, y se graduó de highschool en Chicago, en 1939—en su escuela, en ese año, se graduaron otros 3 mexicanos. Ella recuerda que durante la década de 1930 las niñas tenían clubes, organizaban fiestas y juegos, y pasaban la mayor parte del tiempo en el parque Trumbull, al que recuerda como su segundo hogar. Natalie Ruíz nació en 1916, en Huaniqueo, Michoacán, y llegó con su familia a Chicago en 1917. Recuerda que organizaban pequeñas reuniones de familiares y vecinos, comían tamales y con frecuencia alguien llevaba una guitarra y otro un violín. Carmen y Natalie vivían en barrios en que había pocas familias mexicanas, así que jugaban con niños de ascendencia serbia, irlandesa, polaca, italiana.

<sup>66</sup> Entrevista a Carmen Arias y Natalie Ruiz, realizada por Gerardo Necochea G., Chicago, 24 noviembre 1986.

<sup>67</sup> Entrevista a Justino y Caroline Cordero.

<sup>68</sup> Ídem; Lizabeth Cohen; *Making...*, op cit., pág. 245.

<sup>69</sup> Entrevista a Carmen Arias y Natalie Ruiz.

Cuando Justino tuvo conciencia de la gravedad de la situación, pensó en regresar a México. Consideró, sin embargo, que en Zacatecas sólo tenía a su hermano grande. En South Chicago, en cambio, vivían su hermano chico y su madre. Además, Justino casó con Caroline, de ascendencia polaca, en 1926; su primer hijo nació en 1927 y dos más en el transcurso de los siguientes tres años. Decidió que no tenía a qué regresar a Zacatecas. Carmen y Natalie recuerdan que sus padres consideraron regresar a México pero decidieron no hacerlo porque en Chicago tenían a su familia. La madre de Natalie aconsejó a su esposo contra el regreso, porque los hijos de inmediato se regresarían por sí solos a Chicago.

El razonamiento de Justino y de los padres de Natalie y Carmen fue semejante al del mexicano entrevistado por Taylor en 1928.

Siempre he vivido en la ciudad. Cualquier noche pueden contratarme y enviarme a un trabajo en la sección [de ferrocarril] o en los campos de betabel. Eso me separaría de mi familia y me necesitan y quiero estar con ellos. Hemos vivido tanto tiempo en la ciudad, que ya tenemos un hogar y hemos comprado cosas aquí y allá. Y si bien todos podemos mudarnos [a un campamento ferrocarrilero] sería un gran problema y gasto. El trabajo en la sección puede terminar cualquier día y tendríamos que mudar nuestras cosas de vuelta a la ciudad. Esa situación podría repetirse una y otra vez y no me gustaría verla comenzar. Hasta ahora el trabajo en la ciudad ha mantenido

a nuestra familia unida y por eso esperaría un poco más para obtener empleo aquí.<sup>70</sup>

Claramente la familia fue central a su deseo y determinación de permanecer en Chicago.

Pero los años de crisis modificaron las relaciones familiares. Entre 1915 y 1930 entraron alrededor de 20 mil mexicanos que hicieron su residencia en la ciudad. La gran mayoría eran hombres jóvenes sin esposa o hijos. También una alta proporción de los cerca de 8 mil que abandonaron la ciudad entre 1930 y 1934 eran jóvenes solteros. Para 1935, en consecuencia, aumentó el porcentaje de hombres casados; también aumentó la proporción de niños a más de la mitad del total de la población, y la mayoría eran nacidos en Estados Unidos. Disminuyó, en cambio, la proporción de hombres por cada 100 mujeres, que había sido de 170 en 1930: el cambio fue menor en el Near West Side (159) que en South Chicago (136) y Back of the Yards (138). También cambió la estructura de los conjuntos domésticos: un estudio de 1804 hogares mexicanos encontró que predominaban las unidades compuestas por una sola familia nuclear mientras que virtualmente desaparecieron las unidades domésticas compuestas por hombres solos y por múltiples familias.<sup>71</sup>

Las nuevas relaciones familiares ya no tenían las funciones que habían tenido en los pueblos de origen de los inmigrantes o en el momento de la emigración. Entonces

<sup>70</sup>Paul Taylor. *Mexican labor in the United States, II: Bethlehem, Pennsylvania and Chicago and the Calumet region*; Nueva York, Arno Press, 1970, p.105.

<sup>71</sup>Las cifras provienen de *U.S. Fifteenth Census, 1930*, Louise Kerr; "Chicano...", op cit., págs. 75-82 y Elizabeth Hughes, *Illinois persons...*, op cit.

pertenecían a complejas redes sociales nacidas del parentesco que estructuraban y organizaban la sociedad pueblerina. Un pilar de esas relaciones había sido consolidar recursos que eran distribuidos acorde a criterios de inclusión basados en el parentesco, y que en consecuencia incluían acciones de ayuda solidaria para enfrentar dificultades o exigencias que rebasaban la capacidad individual de resolución. Esta función solidaria del parentesco, reforzado por el paisanaje, fue adaptada a las nuevas condiciones halladas en Chicago. Pero la depresión económica removió este sostén de las relaciones de parentesco, obligando a emprender nuevas relaciones y acciones solidarias para realizar el deseo de permanecer en Chicago.

El parentesco también había mediado las relaciones entre desiguales en una red de obligaciones recíprocas. Aunque esta red no pudo ser restituida en Chicago, porque los dueños de empresa en el capitalismo industrial estaban física y socialmente remotos de los trabajadores, algo de la confianza en la reciprocidad benévola había sobrevivido. La depresión reveló la ineptitud y egoísmo de los grandes industriales y sus administradores, convirtiéndolos en blanco del enojo y la protesta. Aparecieron entonces las organizaciones que congregaban a quienes en similar condición, compartían intereses comunes; y apareció también la exigencia de que fuera el gobierno la entidad que brindara soluciones.

El cambio demográfico de la población mexicana en Chicago brindó un suelo propicio para cimentar los cambios de

perspectiva social. Hacia mediados de la década, además, los mexicanos estaban menos concentrados en el área urbana y llevaban, en promedio, 10 años de estancia en Chicago. La población mexicana que permaneció estaba compuesta mayoritariamente por familias nucleares ya con sólidas raíces en Chicago. Se habían desperdigado más por la ciudad, entremezclándose con la variedad de grupos inmigrantes de primera y segunda generación que componían la población trabajadora; y como trabajadores, sufrían el mismo desempleo y falta de salario. La crisis los empujó hacia redes solidarias que rebasaban las lealtades primordiales de parentesco y paisanaje, y hacia acciones políticas con miras más allá del mutualismo basado en nacionalidad. Gracias a ello pudieron sobreponerse al desempleo y las repatriaciones forzadas. Se abrió, en consecuencia, un horizonte distinto de experiencia en el que experimentarían las organizaciones de clase con fines políticos. Todo ello contribuyó a que quienes no salieron de la ciudad, echaran más sólidas raíces ahí ya no sólo como mexicanos sino como obreros. En un irónico giro histórico, los que salieron de Chicago, como los que emigraron de los pueblos del centro occidente mexicano, contribuyeron a mejorar las probabilidades de estancia para los que permanecieron.

## BIBLIOGRAFÍA

Archivos, fuentes impresas, entrevistas y periódicos:

["Kolko. Homenaje al Pensamiento Crítico"]

Web site: [www.huellasdeeu.com.ar](http://www.huellasdeeu.com.ar)

Facebook: <https://www.facebook.com/huellasdeeu>

- Chicago Historical Society, Manuscripts Collection. Mary McDowell Papers.
- Special Collections Library, University of Illinois at Chicago. Hull House, Adena Miller Rich Papers.
- \_\_\_\_\_. Immigrants' Protective League Papers.
- *Fifteenth census of the United States: 1930*. Washington, U.S. Government Printing Office, 1931.
- *Sixteenth Census of the United States: 1940*. Washington, U.S. Government Printing Office, 1941.
- Entrevista a Carmen Arias y Natalie Ruiz, realizada por Gerardo Necochea Gracia. Chicago, 24 noviembre 1986.
- Entrevista a Justino y Caroline Cordero, realizada por Gerardo Necochea Gracia. South Chicago, Illinois, 13 de noviembre, 1986.
- *México*, periódico publicado en Chicago, 1925-1931.
- **Libros y artículos**
- Alanís Enciso, Fernando Saúl. "Regreso a casa: la repatriación de mexicanos en Estados Unidos durante la Gran Depresión, el caso de San Luis Potosí, 1929-1934", en *Estudios de Historia Moderna y Contemporánea de México*. 29, 2005, págs.120-148.
- Balderrama, Francisco E. y Raymond Rodríguez. *Decade of betrayal: Mexican repatriation in the 1930s*. Albuquerque, University of New Mexico Press, 2006.
- Bernstein, Irving. *The lean years: a history of the American worker, 1920-1933*. Boston, Houghton Mifflin, 1960.
- Betten, Neil y Raymond A. Mohl. "From discrimination to repatriation: Mexican life in Gary, Indiana, during the Great Depression", en *Pacific Historical Review*. 42, agosto 1973, págs.370-388.
- Bogardus, Emory. "Mexican repatriates", en *Sociology and Social Research*.18, noviembre-diciembre 1933, págs.169-176.
- Boyer, Richard O. y Herbert M. Morais. *Labor's untold story*. Nueva York, United Electrical Radio & Machine Workers of America, 3° ed. 1971.
- Brody, David. *Workers in industrial America*. Nueva York, Oxford University Press, 1980.
- Carreras de Velasco, Mercedes. *Los mexicanos que devolvió la crisis, 1929-1932*. México DF, Secretaría de Relaciones Exteriores, 1974.
- Cohen, Lizabeth. *Making a New Deal: industrial workers in Chicago, 1919-1939*. Nueva York, Cambridge University Press, 2008.
- Durand, Jorge y Douglass Massey. "Mexican migration to the United States: a critical review", en *Latin American Research Review*.27, No. 2, 1992, págs. 3-42.
- Gamio, Manuel. "Los repatriados y la educación de las masas incultas," en

- Antología*, estudio preliminar, selección y notas de Juan Comas. México DF, Universidad Nacional Autónoma de México, 1975, págs. 17-24.
- González Navarro, Moisés. “Efectos sociales de la crisis de 1929”, en *Historia Mexicana*. 19, No. 4, 1970, págs. 536-558.
  - Green, James R. *The world of the worker*. Nueva York, Hill and Wang, 1980.
  - Guzmán, Ralph. “La repatriación forzosa como solución política concluyente al problema de la emigración ilegal. Una perspectiva histórica”, en *Indocumentados, mitos y realidades*, comp. por Centro de Estudios Internacionales del Colegio de México. México DF, Colegio de México, 1979, págs. 137-163.
  - Hoffman, Abraham. *Unwanted Mexican Americans in the Great Depression: repatriation pressures, 1929-1939*. Tucson, University of Arizona Press, 1974.
  - Hughes, Elizabeth A. *Illinois persons on relief in 1935*. Chicago, Illinois Works Progress Administration, 1937.
  - Kerr, Louise Año Nuevo. “The Chicano experience in Chicago: 1920-1970”. Tesis de doctorado, University of Illinois, Chicago, 1976.
  - Montgomery, David. *El ciudadano trabajador: democracia y mercado libre en el siglo XIX norteamericano*. México DF, Instituto Mora, 1997.
  - Angeles, University of California Press, 1993.
  - Necoechea Gracia, Gerardo. “Inmigrantes mexicanos en Chicago, 1916-1950”. Tesis de doctorado, Escuela Nacional de Antropología e Historia, México DF, 2006.
  - Newcomb, Charles S. y Richard O. Lang, eds. *Census data of the city of Chicago, 1934*. Chicago, University of Chicago Press, 1934.
  - Norris, Jim. *North for the harvest: Mexican workers, growers, and the sugar beet industry*. St. Paul, Minnesota Historical Society Press, 2009.
  - Piven, Frances Fox y Richard A. Cloward. *Regulating the poor: the functions of public welfare*. Nueva York, Random House, 1971.
  - Sanchez, George J. *Becoming Mexican America: ethnicity, culture and identity in Chicano Los Angeles, 1900-1945*. Nueva York, Oxford University Press, 1993.
  - Simon, Daniel T. “Mexican repatriation in East Chicago, Indiana”, en *Journal of Ethnic Studies*. 2, verano 1974, págs. 11-23.
  - Taylor, Paul. *A Spanish-American peasant community: Arandas in Jalisco*. Berkeley, University of California Press, 1933.
  - \_\_\_\_\_. *Mexican labor in the United States, II: Bethlehem, Pennsylvania and Chicago and the Calumet region*. Nueva York, Arno Press, 1970 (reimp. ed. orig. 1932).
  - Vargas, Zaragosa. *Proletarians of the north: a history of Mexican industrial workers in Detroit and the Midwest, 1917-1933*. Los Angeles, University of California Press, 1993.